

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 2, 1-5): *Él nos instruirá en sus caminos.*

Salmo (121, 1b-2.4-9): *«Vamos alegres a la casa del Señor»*

2ª lectura (Romanos 13, 11-14a): *Ya es hora de despertarnos del sueño.*

Evangelio (Mateo 24, 37-44): *Por tanto, estad en vela.*

Con un mes de antelación comenzamos nosotros los preparativos de la Navidad y el nuevo año. Es porque somos una comunidad que acostumbra a provocar reflexiones previas cuando se acercan fechas especialmente importantes para nosotros, son fechas históricas, sí, pero, sobre todo, son fechas existenciales, vitales para nuestra forma de pensar, situarnos y actuar en lo que es nuestra historia común y personal.

Las tres lecturas de hoy son tres invitaciones. Las tres nos animan a una cosa: *«Vestíos del Señor Jesucristo»*. Si somos capaces de percibir esta invitación que nos hace el tiempo de Adviento, nos sentiremos solidarios de esa liturgia que a lo largo de los siglos ha venido renovando las esperanzas del nuevo pueblo de Dios. La comunidad creyente siente la necesidad de dar consistencia a la palabra del Altísimo que nos invita a despertar del sueño y a vestirnos con el traje de día. Jesús mismo es el prototipo del nuevo ser con el que debemos revestirnos al despertar. Pertrechados con las armas de la luz podremos avanzar con dignidad a la luz del nuevo día.

«Al final de los días algo seguirá firme..., la casa del Señor», dice Isaías. Un profeta horrorizado por el olvido que su pueblo tiene del Señor, al que ha acudido en tantas ocasiones, en el que ha encontrado ánimo para seguir adelante siempre y al que, ahora, está convencido de no necesitarlo. Han pasado los años de una generación, quedan pocos de los que han conocido la guerra, la miseria, la destrucción. En el presente, su pueblo se ha acostumbrado al bienestar logrado con el sacrificio de otra generación, tienen poder, las nuevas tecnologías ponen a su disposición armas nuevas, creen ser temidos y han puesto su confianza en esos instrumentos. Tienen asegurada su vida.

Ya el profeta les había advertido: *«Si te olvidas de tu Dios para ir tras otros dioses..., os vendrá la destrucción»*. Con los pies en el suelo, en la realidad, como tienen que vivir los creyentes profundos, otea el horizonte del futuro. En el presente, se creen seguros en unas estructuras supuestamente estables. No necesitan a Dios cuando el poder les ha traído dinero, riqueza, bienestar. Su autocomplacencia los empuja a prescindir de Dios. Esta crisis religiosa los hunde anímicamente y los desarma interior y exteriormente. No saben qué hacer con su vida, hacia dónde dirigir sus pasos. Se habían instalado en el disfrute del presente consumista y ahora no ven futuro. No tienen Esperanza, la gran virtud de la Historia, porque han descuidado y olvidado a Dios que es quien da Esperanza. Pongámonos el vestido interior de Dios y tendremos más luz, más horizonte, más Esperanza y más ánimo.

«Daos cuenta del momento en que vivís; ya es hora de despertarnos del sueño», nos dice Pablo. La noche está avanzada, ya es hora de despertar del sueño y vestirse con las armas de la luz. Con esta imagen que evoca la hora del cambio de guardia el apóstol Pablo quiere invitarnos a abandonar el reino de las tinieblas y afrontar la lucha cotidiana en pleno día. No podemos permanecer dormidos, instalados en la paz y el bienestar del sueño; hay que espabilarse e iniciar el curso del día, ese espacio de luz y claridad en el que hasta las sombras se ven. El tiempo de Adviento es el tiempo de este despertar, de sacudirnos la somnolencia que produce en nosotros la comodidad; de salir de ese espacio callado en el que el silencio ahoga toda palabra crítica, toda voz de alarma y de alerta, que nos hacen salir de nuestro propio yo y nos mueve a enfrentarnos con esa realidad sorprendente que es la lucha cotidiana por no sucumbir ante la comodidad del egoísmo.

La imagen del amanecer como tiempo propicio para despertar quizás vaya olvidándose en nuestra sociedad urbana, en la que la luz artificial nos ayuda a vivir durante la noche como si fuera el día. Lo que no podemos olvidar es el estado de alerta permanente en el que vivimos para no vernos sorprendidos por malos deseos. Esa es la advertencia que nos hace Pablo al decirnos que procuremos que el cuidado de nuestro cuerpo no fomente los malos deseos; es decir, que atendamos tanto las exigencias de nuestro propio yo que olvidemos el revestimos de Cristo y vivir con dignidad.

Esta idea de la lucha con las armas de la luz nada tiene que ver con posturas radicales o enfrentamientos cerriles con enemigos que comparten nuestra compleja existencia. La enseñanza de la parábola de la cizaña nos aconseja esperar que llegue el momento de la siega, en el que el juez podrá definitivamente separar lo bueno de lo malo. Esta actitud de espera es la que nos hace vivir en paz la misma situación de alerta y hasta de lucha abierta para evitar que el enemigo se adueñe de nuestra vida.

«Estad en vela... y preparados», nos dice Jesús. La enseñanza del evangelio que nos invita a estar en vela es una exhortación clara a la vigilancia para no ser sorprendidos con situaciones engañosas, para no caer en la provocación de empuñar la espada cuando resulta más eficaz convertir las lanzas en podaderas, y esperar firmes que pase el invierno hasta que llegue la primavera. Esta fortaleza para arrostrar las catástrofes y calamidades ciertas que ocurren en nuestra vida nos la procuran las armas de la luz que están más allá de nuestra ceguera. Continuar dormidos cuando ya despunta el día no es la mejor manera de revestirse de esa energía que nos anuncia el sol naciente que viene de lo alto.